

Discurso de Inauguración del Año Académico 2015 Sede Santiago

PABLO RODRÍGUEZ GREZ

Decano

FACULTAD DE DERECHO – SANTIAGO

UNIVERSIDAD DEL DESARROLLO

Como se ha hecho ya tradicional, cada año nos reunimos con el objeto de recibir oficialmente a quienes ingresan a estas aulas, despedir a nuestros egresados, premiar a quienes se han superado en sus estudios y formular algunas reflexiones que nos acompañarán en el curso de las futuras actividades docentes.

Debo empezar por agradecer a Hernán Felipe Errázuriz por su participación en este evento. Nadie mejor que un ex Canciller y abogado de gran categoría para interiorizarnos de un tema de tanta trascendencia en las relaciones internacionales de Chile, obligándonos a considerar aspectos y facetas que no siempre se tienen presente al momento de demostrar la legitimidad de nuestros títulos. Nos honra que Chile defienda el derecho de los tratados y cumpla sus compromisos históricos, rechazando artificiosos argumentos urdidos para burlar la palabra empeñada y engañar a la opinión pública de este y otros continentes.

Muchos de ustedes inician su trayectoria universitaria. Aun cuando les resulte reiterativo, es probablemente que sea ésta la etapa más feliz de vuestra juventud. Estará ella llena de vivencias y sentimientos nobles y altruistas. Serán ustedes, cada día, más libres y los únicos arquitectos de su proyecto de vida; estudiarán aquello que escogieron y les interesa; aprenderán con facilidad, dependiendo solo del esfuerzo personal; se rodearán de amigos que los acompañarán durante gran parte de la existencia; en fin, tendrán el privilegio de modelar con sus propias manos el destino que les espera (elección de preferencias, sentimientos, emociones, sensibilidades). En una palabra: engrosarán la falange de los hombres y mujeres libres.

Pero la libertad implica el cumplimiento de deberes correlativos que no deben eludirse: estudiar; vivir ordenadamente; ser leales con sus padres, sus hermanos y sus amigos; obrar de acuerdo a los dictados de la conciencia; en suma, ser dignos de este derecho que solo se valoriza cuando se pierde. Si la libertad que han alcanzado la malgastan, derrocharán inútilmente sus más caros recursos, y lo que pudo ser un mundo lleno de satisfacciones y alegrías se transformará en un infierno. Esta es la otra cara de la libertad. Gozan de ella los que la merecen

y la han ganado, los que la utilizan para superarse y conquistar metas valiosas, los que abrazan una causa que dé sentido a la vida, y los que la defienden con tesón cuando se nos quiere arrebatar. Para los demás, la libertad es un yugo que encadena y paraliza. Es bueno que todos lo recuerden: la libertad se conquista cada día cumpliendo con abnegación y sacrificio los deberes que ella impone.

En el curso de los próximos años les aguardan, tanto dentro como fuera de la Universidad, satisfacciones y amarguras: sepan, desde ya, que son estos los materiales con que se construyen los pilares de la vida. Sean cautos al valorar sus triunfos porque estos incuban rencores y envidias, y sean fuertes al enfrentar la adversidad. Que no los derrote la vanidad, ni los aplaste el infortunio, porque ambos, al final de cuentas, no son más que oropel de utilería barata y engañosa. Por sobre todo sean honrados y no olviden jamás aquella máxima de José Hernández, autor de "Martín Fierro", que dice: "ave de pico encorvado al robo tiene afición, pero el hombre de razón no roba jamás un cobre, pues no es vergüenza ser pobre, y es vergüenza ser ladrón".

Despedimos esta mañana a quienes egresan de estas aulas: Disponen ellos de todas las armas que se requieren para lograr el grado de licenciado, pero las armas, vale decir, los conocimientos jurídicos que han adquirido durante estos años, al igual que en las órdenes de los caballeros antiguos, deben velarse antes de la batalla. Por lo tanto, les espera un esfuerzo adicional (el examen de grado), que no es sino la culminación de un largo proceso que, sin duda, ha ido formando en cada uno de vosotros los cimientos de una mentalidad jurídica: asuman este último esfuerzo, no desperdicien el tiempo en actividades banales. Sean que muchas de nuestras exigencias –que pueden parecerles excesivas– los preparan para un mundo intensamente competitivo en que se impone siempre el que mayores conocimientos ha acumulado y más entusiasmo y energía pone en el cumplimiento de sus tareas. No olviden lo que sentenció con frialdad un historiador: "Dios ayuda siempre a los ejércitos más numerosos, con mejores armamentos y superior preparación...."

Dejan ustedes estas aulas en un momento muy especial. En las últimas décadas el conocimiento se ha enriquecido y multiplicado, gracias a la revolución científico-tecnológica que invade todas las áreas del saber. En lo jurídico este fenómeno constituye una ventaja para vuestra generación que gozará de recursos y medios cada vez más innovadores y productivos. No exagero al decir que se abre la perspectiva de una nueva cultura, cuyos efectos no visualizamos todavía en toda su integridad, que se afina más en la "imagen" que en el "pensamiento abstracto".

La "imagen" no debe aplastar la creatividad. Si bien una imagen "vale más que mil palabras" (como lo recalcan los comunicadores sociales), lo cual puede ser efectivo, el "pensamiento abstracto" exige de cada uno de nosotros la construc-

ción de una realidad que duerme en las entrañas del cerebro y forma parte de nuestro ser. Así, por ejemplo, el que lee una obra literaria da vida a los personajes en una alianza secreta con el autor, en la cual cada uno pone algo de sí mismo. El gran desafío consiste, entonces, en hallar la forma de armonizar imagen y el pensamiento abstracto, de manera de hacerlos compatibles y no contrapuestos. Aprecien la profundidad y proyección de los horizontes que se les abren, porque, desde esta perspectiva, forman ustedes una generación privilegiada.

Nuestra Facultad ha salido al encuentro de este mundo renovado y cambiante, introduciendo una metodología de enseñanza diferente. No pasará mucho tiempo antes de que ustedes descubran la trascendencia de lo que juntos estamos realizando. Pero, como quiera que sea, no olviden que hemos apostado por el buen desempeño que en el día de mañana observarán en la vida profesional. Nos guste o no nos guste, somos socios en lo positivo y en lo negativo. Lo positivo prestigiará estos muros y ensalzará la tarea ejecutada; lo negativo nos hundirá en el descrédito y la mediocridad. En sus manos depositamos nuestra suerte, convencidos de que sabrán cumplir con este compromiso solemne.

Deseo destacar en forma especial el hecho de que esta Facultad, a pesar de sus cortos años y la vicisitudes que ha debido enfrentar, cuenta con un cuerpo docente de excelencia, incluso han formado parte de él, identificándose plenamente con el proyecto que sustentamos, dos ex Presidentes de la Corte Suprema –don Roberto Dávila y don Enrique Tapia–, ambos dejaron entre nosotros y el alumnado una huella muy profunda y perdurable. Precisamente por ello, el premio al mejor egresado de su generación lleva el nombre de Roberto Dávila Díaz. Quiero recordarlo esta mañana, evocando una, entre sus muchas virtudes: su inalterable sencillez. No lo envaneció el poder ni la figuración ni el rango. Fue siempre el mismo: un juez intachable y un alma generosa y caritativa. Ascendió, paso a paso, en el escalafón judicial, transformándose, más allá de sus calificaciones, en un funcionario ejemplar e imprescindible, lo que le permitió ascender de relator de la Corte Suprema a Ministro del Tribunal, caso excepcionalísimo en la judicatura. Estos son los ejemplos dignos de emularse y proyectar en el alma cada uno de ustedes.

Asimismo, entregamos hoy el premio Carlos Pecchi Groce, que se otorga al mejor alumno en la cátedra de Derecho Procesal. Con ello queremos mantener viva la memoria de un maestro, en el más elevado sentido de este término, elegido por los alumnos durante varios años como el mejor docente de la Facultad, quien cultivó esta disciplina transmitiendo su amor por el derecho y que nos apoyó lealmente hasta su muerte. Que su recuerdo dé renovado aliento a nuestro esfuerzo.

Vivimos momentos difíciles para la Universidad. En la crisis institucional que afecta al país, tenemos muchas cosas que decir y un espíritu abierto para com-

prender sus causas y abogar porque se remedien sus nefastas consecuencias. Creemos en la universidad privada y en la libertad de enseñanza, dos conceptos indisolublemente ligados. La exclusión del lucro no nos afecta en lo más mínimo, porque no es este el fin que mueve a la Fundación que detenta la propiedad de la Universidad. Pero no queremos que la acción del Estado frene nuestro crecimiento y limite el esfuerzo por hacer de estas aulas un lugar de excelencia. En una palabra, reclamamos de la autoridad –particularmente de nuestros legisladores– una actitud constructiva para la realización del proyecto educativo de la Universidad del Desarrollo, fundado en el emprendimiento, la creatividad, la profundización del conocimiento y su extensión a la comunidad. Estamos dispuestos a sortear todos los escollos que se nos presenten, sin otro norte que alcanzar el sueño de los fundadores, ideario que compartimos en su integridad y asumimos con pasión. Pero, para lograr estos propósitos, no es suficiente nuestra inquebrantable voluntad, es necesario, además, vuestro esfuerzo, porque cada uno de ustedes es mensajero de lo que soñamos y anhelamos convertir en realidad.

No podemos dejar de advertir que la revolución científico-tecnológica, antes citada, ha desatado un materialismo brutal, probablemente fruto de nuestro incipiente desarrollo económico, que se manifiesta en todo orden de cosas. En muchos grupos sociales, el éxito se mide exclusivamente por los medios de fortuna que logran acumular, como si el dinero fuera la medida de todas las cosas. Se ha ido opacando el sentido auténtico de la vida y de la felicidad. Un escritor ruso, durante la “guerra fría”, postuló que el ser humano solo alcanzaría la redención en la revolución, en la religión o en el amor. Aquello fue suficiente para que sus obras se prohibieran en la ex Unión Soviética y se le obligara, incluso, a renunciar al Premio Nobel de Literatura, al negar los postulados de la revolución marxista. Me refiero a Boris Pasternak. Pero el tiempo, con sus implacables derroteros, superando todos los temores y amedrentamientos característicos de un país sojuzgado, demostró que el autor de *Dr. Shvigo* tenía razón. El revolucionario –cualquiera que sea su signo– lucha por una casi siempre utópica transformación de la sociedad; el religioso por la salvación del alma; el que ama por la identidad con otro ser.

No estaba Boris Pasternak muy distante del pensamiento de Miguel de Unamuno, rector vitalicio de la Universidad de Salamanca, para quien la angustia que produce la ultratumba solo encuentra consuelo en el amor, en la fe y en la razón. En ninguna de estas supremas categorías encontrareis el dinero ni la fortuna material, como fuente de una plena realización personal, lo cual demuestra que no debe confundirse el medio con el fin, la arena con el granito, la técnica con la cultura, el espíritu con la materia.

Es por ello que me asiste el convencimiento de que debemos humanizar nuestra visión del MUNDO –entelequia misteriosa y desafiante para los seres pensantes–,

excusar las dudas y las debilidades que muchas veces nos agobian y paralizan, defender con tesón los ideales que profesamos y escuchar, como dijo un poeta, el vasto silencio de tu alma. Humanizar, en el sentido propuesto por Federico García Lorca al presentar a Pablo Neruda en el Ateneo de Madrid cuando corría, si mal no recuerdo, el año 1932. Habló entonces el vate granadino de “Un poeta más cerca de la muerte que de la filosofía, más cerca del dolor que de la inteligencia, más cerca de la sangre que de la tinta”. Entendamos, por ende, que en la muerte, en el dolor y en la sangre hallaremos al ser humano, como fue creado y evolucionó hasta nuestros días, mártir de un destino incierto y desconocido. A él queremos interpretar, organizar y dotarlo de la capacidad para ejercer la elevada misión de administrar Justicia entre los hombres.

Que cada uno de ustedes vuelva a sus tareas habituales con la íntima convicción de que no han errado el camino, y que la profesión que escogieron es una de las más excelsas manifestaciones del saber y la cultura, y un reto constante para las almas nobles. Impartir justicia, han afirmado insignes pensadores, quizás sea un designio sobrenatural, confiado en la TIERRA, sin duda, solo a los mejores. De aquí la magnitud del reto que nos moviliza, y al cual enfrentamos desde la humilde perspectiva del ser humano, asombrado ante el espectáculo maravilloso y misterioso que nos brinda el UNIVERSO.

Pasarán los años y cuando toda nuestra generación haya desaparecido y extinguido el rumor lejano de sus palabras, depositaremos en vuestras manos la antorcha que alumbra los ideales que fervorosamente abrazamos. Solo así iluminaremos el camino y abriremos nuevos horizontes al derecho, a la libertad y a la justicia.

Muchas gracias.

